

# TORCA DE JORNOS II 1968-73 CRÓNICAS DEL ABISMO

A la memoria de Ángel Álvarez,  
líder de aquellas primeras  
exploraciones



Texto  
Josu Granja

**H**ABÍA expectación entre las veinte personas que llenábamos la galería, justo al borde de la sima. Ahora había que cumplir con el rito. Uno de nosotros localizó una piedra suelta, de bastante tamaño, y se la pasó con cuidado al más veterano, a Pascual. Éste la agarró con las dos manos, se acercó cuidadosamente al borde y la arrojó al abismo. Los momentos siguientes fueron de cierta emoción. La piedra desapareció en el vacío negro, en silencio. En los primeros instantes, siguió el silencio, nadie se movió... pero comenzó a oírse un zumbido sordo y grave, que fue ganando en intensidad. Cuatro, cinco, seis, siete segundos... la piedra, sin encontrar más obstáculo que el aire, lo rasgaba con más y más violencia buscando las entrañas de Carranza. Igual que hace cuarenta y cinco años...

■ El primer abismo de Jornos II (172 m) desde la cabecera

## 1968. EL DESCUBRIMIENTO

¡¡¡Boummmm!!!... por fin la piedra estalla en el fondo. Es 27 de octubre de 1968. El estruendo final resuena por toda la cavidad. Arriba, dos jóvenes del Grupo Espeleológico Vizcaíno lo escuchan desvanecerse, al borde del gran pozo. Se miran con mezcla de asombro y miedo. Son Jesús Luis Pascual y Ángel Álvarez, los primeros hombres que acaban de penetrar en una torca carranzana al atardecer. El primero, a pesar de su juventud, tiene cierta experiencia en el Grupo y es el que ha lanzado la piedra; el segundo, sin embargo, está empezando, pero llegará a ser un magnífico espeleólogo. Como era costumbre, y lo es ahora, al llegar al borde de un pozo desconocido se arroja una piedra para estimar su profundidad. Calcularon una profundidad superior a los 160 m.

Estaban prospeccionando el borde superior del llamado frente de Sopena, una línea caliza que limita el norte del valle de Ca-

rranza y une el macizo de las Peñas de Renero con el monte Armañón. Aquí, donde una serie de lomas tapizan de verde un paisaje apacible, con el ganado sesteando entre los túmulos prehistóricos de La Galupa y Carcelares, se acababa de descubrir un abismo subterráneo que entraría en la historia de la espeleología.

Caía la tarde y era la última dolina que quedaba por explorar. Hasta entonces, la jornada no había sido muy fructífera. Algunos agujeros sin mucho interés. Pero un mes antes, "Lito" ya les había enseñado aquella torca, la segunda en una dolina oscura de la parte superior de la canal de Jornos, de 23 x 13 m de abertura, y escarpada por todos los lados menos por el oriental. Dos pequeños arroyos se colaban por ella. Poco a poco se iba la luz y había que volver a Ambasaguas para tomar el tren a Bilbao... pero se dieron cuenta de que por el flanco oriental de la torca se podía bajar sin escalas.

Los más veteranos (Néstor, Salbi y Luis Pérez) esperaron fuera, pero Pascual y Álvarez no quisieron dejarlo para otro día. Rápidamente destreparon. Primero fácil, agarrándose a la hierba; luego, 5 metros más delicados en oposición entre un gran bloque y la pared. Un tronco caído facilitó la maniobra. Una vez abajo, el agua se colaba por la base de una fractura o grieta de unos 20 m de altura, todavía a cielo abierto. Bajaron una rampa de bloques y cantos rodados y allí abajo, a la derecha, había un agujero. Dejaba escapar una fuerte corriente de aire frío. Removieron lo que pudieron las piedras hasta abrir el paso gateando por el agua y pasaron a la oscuridad...

Ante ellos, una galería se agrandaba e invitaba a seguir. Pudieron incorporarse. El curso de agua, ya subterránea, se deslizaba cueva adentro. Al cabo de unos 150 m casi horizontales, cuando estaban a 42 de profundidad respecto de la superficie, llegaron al borde de



EUSKAL HERRIA

FOTO JOSU GRANUA

una mancha oscura, tal como lo describieron. Era un desfondamiento de aspecto siniestro, que cortaba la galería. La corriente resbalaba por una plancha de roca y se precipitaba por la sima. ¿Hacia dónde? Era peligroso acercarse al borde, lo que les impedía asomarse directamente, así que buscaron una piedra, la arrojaron, y sucedió el episodio que hemos narrado antes.

Calcularon muy bien la profundidad contando los segundos que tardó en caer la piedra. Entre 160 y 180 m. Al salir, los de fuera no les tomaron en serio. ¿Un pozo tan grande en aquella zona? Nada hacía presagiarlo. Todas las cuevas que habían revisado hasta entonces eran de corto desarrollo. Sea como fuere, había que volver otro día a comprobarlo.

Dos semanas después, el 9 de noviembre de 1968, volvió un equipo de 8 espeleólogos con el material que creían suficiente para explorar la vertical. Menospreciando el primer cálculo que habían hecho los dos jóvenes, se estimó que con 120 m sería suficiente para hacer pie en el fondo del gran pozo. No iba a ser fácil, porque habían llegado las primeras lluvias del otoño y por la sima se colaba gran cantidad de agua.

Después de asegurar el tren de escalas, es Joaquín Herrera el que se decide. Sujeta el arnés a la cuerda de seguro y queda suspendido en la escala. Es el primer hombre que contempla aquel abismo cara a cara. Comienza el descenso. Los de arriba le van dando cuerda, pero de pronto oyen sus gritos. Algo va mal. No distinguen lo que dice porque la sonoridad de la cascada lo impide, pero algo va mal y hay que tirar para arriba. Al tensar la cuerda los gritos van en aumento. Por fin, Herrera es izado al borde del pozo. Lo que sucedía era que el arnés, mal colocado, le oprimía fuertemente. Al tirar de él los compañeros, queriendo ayudar, no hicieron más que agravar su situación, y por eso gritaba cada vez más.

**Peldaño a peldaño, el espeleólogo sigue el descenso... unos 100 m, hasta que se acaba la escala y queda suspendido en el vacío. Abajo se sigue sin ver nada parecido a un fondo**

Un segundo hombre comienza de nuevo el descenso. El tren de escalas se pierde hacia abajo, en la negrura. En los primeros metros colgado puede apreciar la fisonomía del pozo. Tras el gran embudo o cráter inicial, describe una elipse casi perfecta que se va agrandando. Las paredes son lisas, de una caliza pulida por el agua. Hacia abajo no se distingue nada, sólo el chorro de agua que se va pulverizando y acaba por llenar toda la sima. Peldaño a peldaño, el espeleólogo sigue el descenso... unos 100 m, hasta que se acaba la escala. El último tramo está suspendido en el vacío. Las paredes, debido al desplome, se han alejado unos metros. Abajo se sigue sin ver nada parecido a un fondo. Por otra parte, el frío y la mojadura son totales. Hay que salir de aquí y volver arriba.

Con esta tentativa se había alcanzado la cota -140, pero no habían llevado sonda y salieron sin saber la profundidad del gran pozo. Hasta la sequía del año siguiente no sería posible seguir.

FOTO J.L. PASCUAL



■ Montaje del trípode para la imagen del gran pozo. 2013

### Fotografiando el abismo

EL 6 de octubre de 2013 tuve el privilegio de mirar cara a cara el abismo de Jornos II y fotografiarlo. La reinstalación de la cabecera, en la que monté el trípode anclado a la pared (primera imagen de este artículo), fue posible gracias a un equipo del grupo A.D.E.S. de espeleología (Gernika), al que pertenezco, con Gotzon Aranzabal al frente, y la ayuda de Alfonso Calvo (S.E. Burnia, Galdames). También instalaron el pozo paralelo de la "Vía Valenciana", para el ascenso. Mi agradecimiento más sincero a todos ellos y a Pascual, por volver a lanzar la piedra 45 años después y compartir una jornada inolvidable.

## 1969. PRIMER ABISMO

En 1969 la primera cita con la torca tuvo lugar los días 25 y 26 de octubre. Coincidió con el mínimo anual de aguas, pues hacía mucho tiempo que no llovía. Escarmentados por la experiencia del año anterior, llevaban 170 m de escalas y 200 de cuerda, demasiada carga para subir desde Paúles. El sendero de Sopenña hacia la parte superior de la canal de Jornos se hacía duro con tanto peso.

Los 8 componentes llegan al borde del gran pozo. Al contrario que la última vez, el panorama es mejor. Apenas un hilillo de agua se precipita por la sima y se puede descender más tranquilo. De los 170 m de escalas, se comprueba que un tramo de 10 está defectuoso y se montan los 160 restantes. Hay expectación cuando desciende el primer espeleólogo. Ya en la soledad del descenso, llega a la cota alcanzada el año anterior y sigue bajando.

Quedan todavía unos 60 m de escalas y confía que sean suficientes para tocar fondo, pero poco a poco se van agotando y no se ve nada más hacia abajo. El pozo va perdiendo su forma circular y se amplía en una sección alargada, con las paredes cada vez más alejadas de la escala. Por fin llega a los últimos peldaños, y comprueba con resignación que penden en el vacío, cuelgan en la nada. Se repetía la historia.

Era necesario echar mano del tramo de 10 m que se había dejado arriba, así que, tras regresar el primer espeleólogo, baja otro con el tramo y lo añade al final. También es inútil, pues la escala sigue quedando en el aire, pero esta vez la cosa cambia. Por fin se vislumbra la última parte del pozo y se sondea con una cuerda lo que queda: 15 m, tan solo 15 m sobre el fondo. Se ve bien todo. Un lateral desgajado de la pared principal crea una plataforma a + 20 m de la base.

La escala queda cerca de esta plataforma, sin llegar a ella. La base, contrariamente a lo que se podía suponer, es estrecha y se prolonga por una especie de grieta o diaclasa.

Por ella siguen las aguas su camino hacia las entrañas de la tierra. En definitiva, se regresa a la superficie sabiendo la medida de la gran vertical (185 m según el informe de la exploración, aunque posteriores mediciones más exactas la han fijado en 172 m). En aquel momento pasó a ocupar el puesto 15º en el ranking subterráneo de verticales absolutas a nivel mundial. Por otra parte, se habían superado los 200 m de profundidad, pero faltaba poner el pie en la base.

*Hacia arriba, apenas entrevé la luminosidad de los que han quedado en la cabecera, reflejándose en la sección perfectamente circular de la sima, pero tan lejana y minúscula que impresiona*

Dos semanas después vuelven a la carga con 7 efectivos y abundante material: 220 m de escalas y 300 de cuerda. Esta vez van a por todas, seguros de plantarse en el fondo de la gran vertical. Entran el sábado 15 de noviembre de 1969 por la noche e instalan el tren de escalas con mucho cuidado, pues saben que el desplome impide los anclajes intermedios, y que la instalación tendrá que soportar un considerable peso desde arriba. Pese a todo, comienza el primer descenso. Y por fin, en unos 20 minutos, un primer hombre hace pie en la base.

Mira hacia arriba y apenas entrevé la luminosidad de los que han quedado en la cabecera, reflejándose en la sección perfec-

■ Torca de Jornos II. Grieta de entrada

■ Equipo que en noviembre de 1969 alcanzó la base del pozo de 172 m



tamente circular de la sima, pero tan lejana y minúscula que impresiona. Continúa solo la exploración por una diaclasa o grieta descendente, avanzando por oposición y bajando tres pequeños pozos de menos de 10 m. Después se ensancha un poco la galería, en un espacio de apenas 2 x 1 m, que con el tiempo sería conocido como Sala del Comedor, porque se utilizaría para reponer fuerzas. Luego el explorador sufre en un meandro estrecho al límite (entre 25 y 30 cm). Este pasaje apenas tiene 20 m de longitud, pero hace sudar lo suyo y requiere fuerza y técnica, hasta que al final llega a otro pozo de unos 15 m.

Para superarlo necesita de otro compañero, que realiza el segundo descenso de la gran vertical, llevando también un radioteléfono. Una vez abajo, los dos espeleólogos pasan el pozo de 15 que había detenido al primero y siguen hasta que se desfonda la galería en una profundidad mayor. No pueden seguir más allá por falta de tiempo y material. Han dado a una especie de balcón sobre otra enorme sima que viene de muy arriba, cuyo techo no se alcanza a ver. En este punto (-341 m) sondean la vertical hasta unos 400 m y deciden regresar haciendo topografía y recogiendo algunas muestras de fósiles. En la base del gran pozo conectan con los de arriba por el radioteléfono, aunque no funciona bien. Son cerca de la mañana cuando afrontan la interminable escala. La subida fue agotadora por el frío, la humedad y el cansancio acumulado. Tras esta exploración la Torca de Jornos II pasó a ser la de mayor profundidad de Bizkaia, superando a la Torca del Carlista, y la 4ª de España.

## 1970. COLGADOS

En 1970 el ataque a la sima se realizó los días 10, 11 y 12 de octubre, por un equipo de 10 espeleólogos. El objetivo era, cómo no, llegar al fondo de la segunda gran vertical. Sin embargo, el sondeo del año anterior no era correcto. La profundidad de la segunda sima

era mayor que la que se había estimado, y el material fue insuficiente. Algo parecido a lo que sucedió en los años anteriores con el primer gran pozo se repetía en el segundo. Se

vio la necesidad, para el siguiente año, de planificar mejor los ataques mediante jornadas preparatorias en las que se dejarían instaladas las primeras verticales.

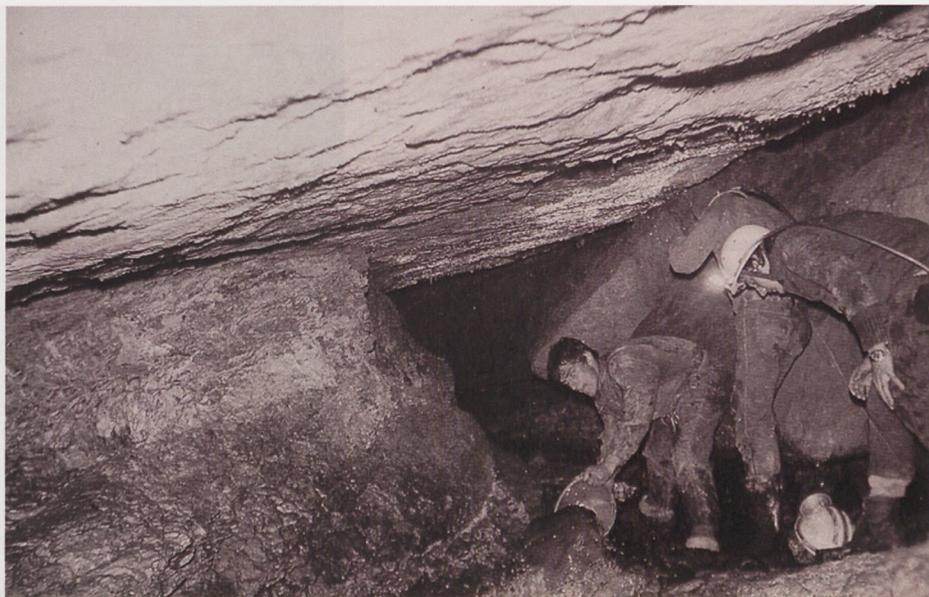
## 1971. ENREDO DE ESCALAS

En 1971 se organizaron dos expediciones previas con el objeto de preparar la instalación de los pozos y llevar más de dos toneladas de material. Antes, el 7 de marzo, se hizo una importante coloración y las aguas salieron teñidas 10 días después en la Cueva de Valle -Rasines-, a más de 9 km en línea recta. En definitiva, el arroyuelo que se oculta en la torca es la cabecera de una vasta red subterránea, la Red del Silencio, que entonces estaba por explorar.

La planificación fue minuciosa, incluyendo la preparación física de los espeleólogos en un gimnasio, cosa muy novedosa para la época. Se montó un campamento exterior, a escasos 100 m de la torca, e incluso se construyeron presas de ladrillo con el fin de desviar agua que entraba en la sima y de paso aprovecharla en el campamento mediante una tubería.

Todo estaba listo para el ataque al fondo de la sima. Instalaron hasta la incógnita del segundo gran pozo, el que había detenido la

FOTO G.E.V.



■ "Operación Marmita". 1971

FOTO G.E.V.



■ Equipo de apoyo tirando de la cuerda en el primer pozo



FOTO G.E.V.

■ Equipo de 1971

exploración el año anterior. Se sondeó éste, dando una profundidad de 140 m. Los días elegidos fueron del 9 al 12 de octubre. Había una gran expectación, de la que se hizo eco la prensa local en los días previos. Se convocó a todos los grupos vasco-navarros, acudiendo miembros de las secciones de espeleología de la Sociedad de Ciencias Aranzadi, del Club Deportivo Eibar, del Aloña Mendi, del Grupo Espeleológico Alavés y del Grupo Espeleológico Otxarkoaga, de Bilbao. Casi 30 espeleólogos. Se formaron equipos de superficie, apoyo y punta. El de superficie se encargaría de la cocina del campamento; el de apoyo se dispondría escalonado en diferentes puntos de la sima, y el de punta intentaría llegar hasta el fondo de la exploración.

Sin embargo, hubo inconvenientes debidos al elevado número de efectivos trabajando. Nada menos que 13 espeleólogos bajaron el primer pozo, y se tuvo que em-

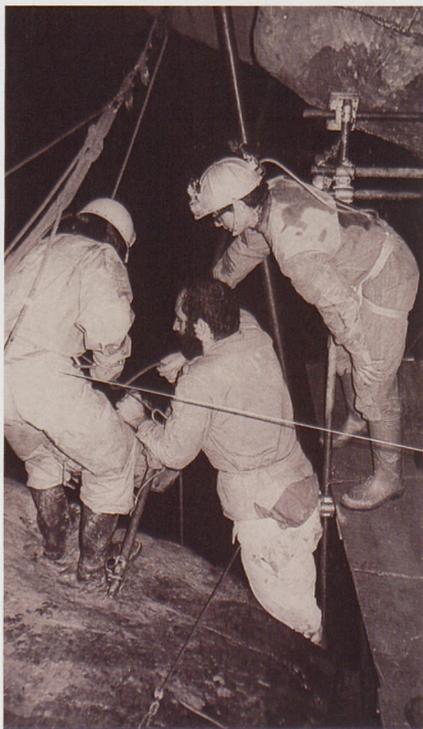


FOTO G.E.V.

■ Construcción de la plataforma, con Juanjo Aguirre en el centro. 1973

Se desplegó la “Operación Marmita”. Antes de cada descenso se vaciaban con baldes los charcos previos al gran pozo. Así, una tregua de la cascada permitía el descenso de un espeleólogo

plear mucho tiempo en esta operación. Las esperas se dilataban. Seguía preocupando que la instalación soportaba un gran peso del tren de escalas montado en una sola tirada, sin anclajes intermedios. Para evitar esto se había pensado en barras expansibles, empotradas en las paredes del pozo, y así añadir fijaciones, pero no se llegaron a utilizar. Además, se incrementaba el riesgo de caída de piedras, que en la sima se convertían en proyectiles. El agua seguía cayendo con insistencia sobre la línea de descenso. Para evitar esto se desplegó una curiosa maniobra llamada “Operación Marmita”. Consistía en que antes de cada descenso se vaciaban con baldes los charcos previos a la gran vertical, consiguiendo así una tregua del curso de agua que justo permitía el descenso de un espeleólogo.

Llega el momento decisivo. El equipo de punta está a -340 m, ante la incógnita del segundo gran pozo. Un hombre del equipo de apoyo lanza las escalas hacia este abismo, todavía inexplorado. Ángel Álvarez, líder del equipo punta y de toda la exploración, asume la responsabilidad y comienza el descenso, pero pronto ve que es imposible. Las escalas se han lanzado mal y han quedado enganchadas por varios puntos. Hay que resolver el engorro. Durante más de dos horas lo intentan, gastando las fuerzas y el tiempo reservado para explorar el fondo. Al final, es imposible y hay que regresar. ¿Mala suerte o fallo técnico? Un duro golpe moral después de tanto esfuerzo; tanto, que al año siguiente (1972) no quedaron ganas de volver por allí.

### 1973. FONDO

En 1973 se vuelve a la carga, pero con la lección aprendida: hay que agilizar el descenso del primer pozo y evitar las caídas de agua y piedras. Para lo primero se piensa en un torno eléctrico, al estilo de las famosas campañas de los años 50 en la sima de San Martín, pero se acaba desechando la idea por falta de recursos económicos y la incomodidad de subir un grupo electrógeno. Lo segundo, evitar las piedras y el agua, sí es viable construyendo una plataforma de cemento y mecanotubo justo en el borde del



FOTO G.E.V.

■ Expedicionarios de 1973

gran pozo, con una pértiga rematada por una polea en su extremo. Así, las piedras del borde son retenidas antes de caer y la escala y la cuerda quedan alejadas de la vía natural por la que se precipita el agua.

En los fines de semana anteriores a la campaña, que tendrá lugar este año en el estiaje de agosto, se trabaja duro para construir la plataforma. Es el famoso “andamio” que aún hoy puede verse, y que ha pasado a formar parte de la particular *arqueología industrial* de la espeleología vasca.

**El equipo de apoyo acabó con las manos y los riñones destrozados. El tiro se hacía entre dos o más personas a relevos para subir material y personas**

Con todo, queda pendiente el problema de agilizar el descenso del primer pozo, y se opta por utilizar una técnica novedosa en la época: el descendedor, que en versión más moderna se sigue usando en la espeleología actual. Así, los que bajen lo harán por la cuerda. De este modo, cada descenso será autónomo. La escala se utilizará solo para el ascenso, con la ayuda, eso sí, de la cuerda en su doble función de seguro y tracción, a cargo del equipo de apoyo “uno de los trabajos más duros lo realizaba el equipo de apoyo en el momento de subir del pozo petates de material y personas, a veces en un solo viaje se cargaban dos y hasta tres petates. Aquellos hombres acababan con las manos y los riñones destrozados. El tiro se hacía entre dos o más personas a relevos; para animarse se coreaba un estribillo en cada tirón de cuerda: tinto-claro tinto-claro...” \*



■ Comparación a la misma escala del primer pozo de Jornos II (172 m) según la topografía del G.E.V. y la Torre Iberdrola (165 m), en Bilbao

FOTO Y MONTAJE JOSU GRANJA

## La Torca de Jornos II hasta la actualidad:

DESDE aquella primera época, las exploraciones se han sucedido hasta nuestros días, pero no se ha sobrepasado la cota más profunda alcanzada por el G.E.V. Han intervenido el S.C. de Rodez (Francia), que rectificó la profundidad (-489 m) en 1977; el G.A.E.S. de Bilbao en los años 80; el S.C. Alpino Valenciano, que descubrió en 1983 dos pozos paralelos al de 172 m; el Grupo Espeológico Esparta (Barakaldo) que conectó la base de la "Vía Valenciana" con una ventana sobre un inmenso abismo (292 m), al que llamaron "Gotxilo", y en los últimos años la S.E. Burnia (Galdames).

También se aprovechan las jornadas de construcción del andamio para realizar otra coloración con 2 kg de fluoresceína, que en esta ocasión tardarán nada menos que 24 días en salir coloreando el agua de la Cueva de Valle, en Rasines.

El último día de julio, con todo preparado para el ataque de agosto, se consigue bajar el segundo gran pozo, que se mide en 144 m. Se revela como una diaclasa impresionante, un hueco entre paredes lisas de cientos de metros que vienen de más arriba, sin alcanzarse a ver su techo. Una vez abajo, los exploradores comprueban que continúa el descenso, pero se deja todo para el asalto final.

La semana elegida es la del 11 al 19 de agosto. Se vuelve a invitar a los clubs vascos de espeleología, pero en esta ocasión sólo responde el Club Deportivo Eibar, que acude con cuatro componentes: Lorenzo Amutxastegui, Enrique Gauger, Agustín Osa y Txomin Ugalde. Por parte del G.E.V. están Ángel Ál-

varez, Iñaki Barinaga, Enrique Martínez, Jesús Luis Pascual, José M<sup>o</sup> Salbidegoitia y Gaizka Ugarte. Alcanzar el fondo de la Torca de Jornos II parecía una empresa de mucha envergadura en aquella época para tan solo 10 hombres, pero el plan estaba claro. Se formarían tres equipos: en superficie estarían Amutxastegui, Pascual, Salbidegoitia y Ugarte; el equipo de apoyo estaría integrado por Barinaga, Gauger y Osa, y en el de punta, destinado a llegar al final, formarían Álvarez, Martínez y Ugalde.

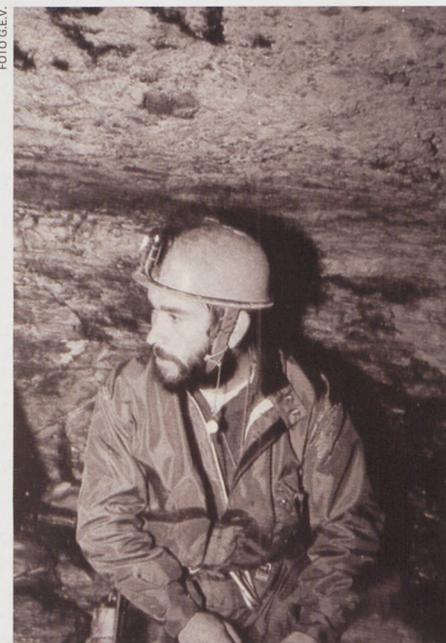
Los tres de punta entran un lunes. Descienden todas las verticales, llevando además hilo telefónico, y acceden a un sector de galería horizontal. Dan a una sala de 10 x 7 m de planta y enorme altura, donde montan el campamento que servirá para los próximos días. Este lugar estará comunicado por teléfono con el exterior. En una de las noches que pasan allí tiene lugar una anécdota que acabó dando el nombre a la sala "Alguien dijo que cumplía los años el 5 de octubre.

Un segundo añadió que él también y el tercero dijo lo mismo. Evidentemente parecía una broma y nadie creía a nadie. Fue necesario, al salir al exterior, enseñarse los documentos de identidad, que así lo confirmaron. Por eso a la sala donde se instaló el campamento punta se la denominó Sala 5 de Octubre".\*

La galería sigue horizontal, con el agua discurriendo tranquila. Hay otros conductos laterales y los recorren minuciosamente buscando un hipotético colector, es decir, una galería más grande por la que se unifican las aguas del macizo, pero es inútil, al final llegan a un meandro impenetrable por el que se pierde el agua. Las mediciones dan -513 m.

## EPÍLOGO

FOTO G.E.V.



■ Ángel Álvarez

Al cabo de cuatro días se dio por concluida una exploración que había comenzado cinco años antes. Se ponía así punto final a la primera época de exploraciones en Jornos. Un tiempo de espeleología intensa, dura, épica incluso. Nadie mejor que el líder de todas aquellas expediciones, Ángel Álvarez, a cuya memoria quiero rendir homenaje en este artículo, para contarnos cómo fue ese final... "Para hacerse una idea del esfuerzo, el equipo de punta invirtió 32 horas ininterrumpidas hasta que salió el último hombre al exterior. Treinta y dos horas sin librarse del agua, que iba en aumento a causa de las lluvias. El final fue emocionante, habíamos sufrido pequeños accidentes pero ninguno serio. Los hombres de apoyo tenían las manos destrozadas de tirar de la cuerda para subir patatas y hombres. En la calle olía intensamente a yerba fresca y se oían muy cerca los cencerros del ganado, los grillos y los pájaros".\* □

\* Álvarez, A. El Karst de Carranza, Lanestosa y Ramales. Inédito.